

Y fue, a partir de entonces, cuando aquel “pueblecillo blanco, hermoso, tranquilo y muy festero, con mucha unidad entre sus gentes⁴”, de tierras ligeras y agradecidas, pasó a formar parte de su universo creativo, en el que estará siempre presente, tanto con el nombre de Montalvos como con ese otro tan conocido de Monsalve, el espacio mítico en el que sitúa algunas de sus más conocidas y mejores páginas literarias.

De modo que Rodrigo, al igual que Alonso, el protagonista de una de sus más hermosas y líricas novelas –*Un mundo auestas* (1963)–, tiene que abandonar esas queridas tierras y la casa en que había vivido los felices años de su infancia y se convierte en uno más de los muchos emigrantes que pueblan buena parte de sus hermosas páginas literarias. Algo de lo que me habló en varias ocasiones, como, por ejemplo, aquélla en la que se expresaba en los siguientes términos:

Mi casa era alegre. Los domingos, el patio se llenaba de bicicletas. Eran de muchachos que venían de pueblos vecinos y de las aldeas. Amigos de mis hermanas y hermanos. En casa siempre hubo un gramófono, y en aquel patio, en parte emparrado, con muchos vergeles junto a las paredes, se organizaban fiestas: meriendas, bailes, reuniones muy alegres. (En varias de mis obras –*Un mundo auestas*, *El gramófono*, *La espera*, etc.– hago referencia a esas fiestas. También a otros festejos, como los de San Marcos, el 25 de abril, patrón del pueblo. Mucha alegría, convivencia feliz⁵).

Unos tiempos hermosos y felices que ya se habían visto truncados con el estallido de la Guerra Civil, lo que obligó a la familia a cerrar las puertas, hasta entonces siempre abiertas, de su casa y a sufrir en sus carnes el dolor y el luto derivados de la contienda bélica. Recordemos que un hermano de Rodrigo, Cristino, murió en Nules (Castellón), en marzo de 1939, durante uno de los últimos bombardeos efectuados por la aviación nacional en la que todavía era zona republicana, y otro, Heriberto, recibió el impacto de la metralla de un mortero, lo cual le produjo graves e irreversibles secuelas, tanto visuales como psicológicas. Circunstancias ambas que serán motivo de numerosas referencias en varias de sus obras, especialmente novelas y cuentos.

⁴ Rubio, R., *Albacete, tierras y pueblos*, Albacete, Caja Rural, 1983, p. 30.

⁵ *Notas autobiográficas*, p. 3. En este texto figuran dos de los símbolos que se convertirán en auténticos tópicos referidos a la vida feliz de la infancia y la juventud del escritor. Se trata del patio emparrado de la casa y, de forma muy especial, el viejo gramófono en el que la familia solía escuchar música clásica y canciones de copla española.